



Entrada libre

Pintura general

Manuel Rodríguez Lozano

Este artículo responde en cierto modo a la exposición de grabados de José Guadalupe Posada en el Palacio de Bellas Artes, realizada en la primavera de 1943. Se publicó originalmente en la revista *Hoy*, núm. 354, México, 4 de diciembre de 1943.

Por el año 21 los pintores mexicanos caímos sedientos de ponernos en contacto con la pintura popular, que considerábamos como una cosa espontánea, graciosa, viviente, que nos revelaba el sentir de nuestro pueblo.

Eran las pinturas de pulquerías, murales al temple o al óleo hechos por artistas del pueblo. Si bien encontramos constantemente malas pinturas, en cambio algunas veces encontramos positivos aciertos llenos de gracia, de movimiento y de una audacia en el color que los hacía positivamente alegres.

Estas pinturas populares tenían siempre, sin proponérselo, un parentesco con los grabados de Posada.

Por otro lado se admiraba, y se gustaba de una manera apasionada, la pintura de los retablos.

A partir de esto principia a formarse esa calamidad llamada coleccionismo. Los coleccionistas comenzaron a saquear las sacristías e iglesias de la provincia, suscitando con esta afición un doble error: primero, quitar de su sitio estas admirables pinturas, llenas de fe, de gracia y de humor que describen el hecho milagroso que le había acontecido a su autor, o bien el milagro que había pedido a su santo y que le había sido concedido. Estos retablos van siempre acompañados de una leyenda que completa el motivo pictórico usado como tema. El segundo error es su

afán capitalizador de querer hacer obras de arte de esta pintura popular.

Era curioso observar en las iglesias de nuestros pequeños pueblos cómo el retablo hacía las veces del periodismo, registrando los hechos más recientes acontecidos en aquellos lugares, así como los fenómenos de la naturaleza, o la repercusión que los fenómenos sociales habían producido en sus habitantes.

Pensamos que José Guadalupe Posada, grabador popular, procedía con el mismo mecanismo popular que los pintores de retablo, solamente que esta gran artista, dotado de un gran humor y de una gráfica graciosísima, se convirtió con estas cualidades en el receptor, o mejor dicho, en la voz del pueblo de la ciudad de México.

Admiramos igualmente aquellos paisajes con que se decoraban las cajas de Olinalá, algunas de ellas de factura tan admirable que nos hacían recordar la pintura de Lorenzetti: a ese grado de belleza llegaban los artistas guerrerenses.

Más tarde, los niños mexicanos hicieron las láminas más inesperadas por su gracia y su frescura, y vimos cómo estos niños, previo el conocimiento de un alfabeto plástico, mostraban su subconsciente y nos enseñaban sus taras hereditarias producidas por esta constante desorganización en que vivimos, y allí se observaba claramente el descuido en que se ha tenido, hasta la fecha, a la niñez mexicana.

De todas estas observaciones sacábamos la conclusión de lo admirablemente dotado que está el pueblo mexicano para las artes plásticas.

Como es natural, este tacto de codos con las artes populares no era imitarlas, como hicieron y han hecho cantidad de pintores carentes de instinto. El arte popular es solamente eso, ya que el gran arte no es solamente instinto. Es conocimiento, o si se quiere decir la palabra por chocante que sea tratándose de arte, es ciencia e imaginación.

Con ciencia queremos decir el conocimiento del oficio, el dominio de una técnica que sirva de vehículo para que el artista exprese su sentir y pueda dar rienda suelta a su imaginación.

El artista popular sólo posee la mitad de estas condiciones: es un artista empírico que llega a tocarnos y a seducirnos con su encanto, podríamos decir, de una manera superficial. Pero es una necesidad indispensable para la gran obra que se unan el conocimiento y la imaginación.

Nosotros habíamos conocido el fenómeno que es la pintura de ese angelical artista que se llamaba Henri Rousseau, llamado *Le Douanier*, que es uno de los testimonios más puros y más altos de la pintura moderna. Se le catalogaba como pintor popular, pero para nosotros el *Douanier* Rousseau es un pintor de genio. A quienes no lo conocen les parece un pintor torpe e



ingenuo, siendo todo lo contrario: es un finísimo colorista y sus figuras son todas llenas de gracia. Desde luego que para muchos el desconcierto frente a la obra de este artista procede de la carencia de academicismos o de parecidos fotográficos. Sólo que plásticamente sus retratos, paisajes o bodegones están admirablemente pintados y compuestos.

Era Rousseau una personalidad tan extraordinaria, que cuenta Guillaume Apollinaire que cuando el *Douanier* hizo su retrato y lo expuso en el Salón de Otoño, la crítica y los periodistas ignoraban quién era el retratado. En el catálogo aparecía ese cuadro con el título “El poeta y su musa”, y el caso extraordinario fue que, a pesar de las burlas y las críticas, y de negarse el parecido de Apollinaire antes y después de saberlo, el “todo París” estaba de acuerdo en que el retrato era el de este gran poeta.

La gran preocupación del *Douanier* era pintar como los clásicos, ver un cuadro suyo en el Museo del Louvre. Siempre que pensamos en estas aspiraciones de Rousseau, le asociamos en nuestro recuerdo con Paul Cézanne, que aspiraba a hacer con el impresionismo una obra tan bien construida como las que ejecutaran los clásicos. Esta ha sido y será siempre la gran preocupación de todo verdadero artista: hacer una obra tan bien atada como la de los clásicos.

Esto no quiere decir imitación, ni academismo, ni servilismo. No. Representa la afirmación de una creación bien ajustada, bien atada, bien hecha, para que pueda perdurar, para que su factura resista el tiempo.

Hoy en día la pintura moderna está plagada de apuntes, pequeñas notas, “rasgos geniales”, que no acusan más que la impotencia de tantos artistas modernos, a quienes les falta el aliento necesario para construir una gran obra.

No se improvisa sobre una pared ni sobre una tela.

Sólo hay de improvisación la parte que toda obra bien concebida tiene en el momento de hacerse, y esa parte de improvisación es una de las tantas partes de que está compuesta la obra de arte.

Pero una obra de arte no es ni puede ser nunca una improvisación.

Hoy en día la pintura moderna está plagada de apuntes, pequeñas notas, “rasgos geniales”, que no acusan más que la impotencia de tantos artistas modernos, a quienes les falta el aliento necesario para construir una gran obra.